

LITERATURA, FORMACIÓN Y REPÚBLICA. ANDRÉ MAUROIS Y EL INSTINTO DE FELICIDAD BURGUÉS (SEGUNDA PARTE)*

*Literature, education and Republic. André Maurois
and the instinct of bourgeois happiness (Second part)*

Raquel de la Arada Acebes^o; Jordi Garcia Farrero^s
y Conrad Vilanou Torrano^o

Fecha de recepción: 17/01/2017 • Fecha de aceptación: 11/02/2017

«La vida es demasiado corta para que sea mezquina»
(André Maurois)

Resumen. En este artículo se analizan las relaciones entre la literatura y los ideales formativos de André Maurois (1885-1967). Se revisan sus años de formación a la sombra del filósofo Alain, que fue profesor suyo en el Liceo de Ruan. Se destaca la presencia de elementos militares en su universo pedagógico hasta el punto de que la obra educativa de la Tercera República francesa (1870-1940) se entiende a la luz de la combinación entre la inteligencia y las armas, esto es, entre el liceo y el cuartel. Maurois viajó por los Estados Unidos y, preocupado por el ambiente de crisis de la década de los años veinte y treinta, se inspiró en el mariscal Hubert Lyautey, a fin de determinar las características del arte de mandar que, junto al arte de pensar, de amar, de trabajar y de envejecer, configuran los distintos aspectos del *Arte de vivir* (1939). De hecho, este arte de vivir se inscribe en la mejor de las tradiciones pedagógicas francesas (Montaigne, Rousseau,

* La investigación que ha dado lugar a estos resultados ha sido impulsada por RecerCaixa. En virtud de la extensión de este estudio, el presente trabajo se articula en dos partes, la primera de las cuales apareció en el núm. 5 (segundo semestre de 2016) de esta revista, de modo que la segunda ve la luz en el presente número. Agradecemos a los responsables de *Memoria e Historia de la Educación* las atenciones recibidas para poder publicar esta pequeña monografía en su integridad.

^o Departament de Teoria i Història de l'Educació. Facultat d'Educació. Universitat de Barcelona. Paseo del Valle Hebrón, 171. Edificio Llevant. 08035 Barcelona. España. rdelarada@ub.edu.

^s Departamento de Didáctica de las Ciencias Matemáticas y Sociales. Facultad de Educación. Universidad de Murcia. Campus de Espinardo. 30100 Espinardo (Murcia). mmar.simon@um.es.

^o Departament de Teoria i Història de l'Educació. Facultat d'Educació. Universitat de Barcelona. Paseo del Valle Hebrón, 171. Edificio Llevant. 08035 Barcelona. España. cvilanou@ub.edu.

Alain) que destaca la importancia del oficio de vivir. En última instancia, y desde una posición burguesa amante del orden, Maurois pretende que el ser humano lleve una vida feliz, en sintonía con los valores republicanos heredados de la Revolución de 1789. En suma, Maurois fue un intelectual que combinó tradición y modernidad en un mundo cambiante que, después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), dejó atrás las aparentes seguridades de la *Belle Époque*, sin perder de vista el horizonte de la felicidad humana al margen de cualquier consideración metafísica. Su obra tuvo una gran repercusión en España, antes y después de la Guerra Civil, circunstancia que este trabajo intenta poner de manifiesto, con lo cual contribuyó decididamente a cambiar la moral pública de nuestro país.

Palabras clave: André Maurois; Tercera República Francesa; Arte de mandar; Oficio de vivir; Arte de vivir.

Abstract. *This article describes the relationship between literature and the educational ideals of André Maurois (1885-1967). First the paper reviews his formative years in the shadow of the philosopher Alain, who was his teacher at Rouen Lyceum. It also highlights the presence of military elements in his educational universe to the extent that the educational workenfoques of the Third French Republic (1870-1940) is understood in the light of the combination of intelligence and weapons, that is, between the lyceum and the garrison. Maurois traveled throughout the United States. He was concerned about the atmosphere of crisis in the decade of the twenties and thirties, and took his inspiration from Marshal Hubert Lyautey in order to determine the characteristics of the art of leadership that, along with the art of thinking, the art of loving, the art of working, and the art of growing old, give shape to the various aspects of his work Art of Living (1939). In fact, Art of Living follows in the best of French pedagogical traditions (Montaigne, Rousseau, Alain) and highlights the importance of the task of living. Ultimately, and from the bourgeois stance as a lover of order, Maurois wished for the human being to lead a happy life, in keeping with the Republican values inherited from 1789 Revolution. In short, Maurois was an intellectual who combined tradition and modernity in a changing world that, after World War I (1914-1918), left behind the false securities of the Belle Époque, without forgetting the perspective of human happiness beyond any metaphysical consideration. As this paper endeavors to show, his work had a great impact in Spain, before and after the Civil War, and contributed decisively in changing the public moral of our country.*

Key words. André Maurois; Third French Republic; Art of Leadership; Job of Living; Art of Living.

De entrada, conviene indicar que una primera parte de este artículo, que por su extensión se ha dividido en dos, se publicó en el número 5 de la revista *Memoria e Historia de la Educación*, correspondiente al segundo semestre de 2016. En aquella primera entrega se presentó el perfil de André Maurois (1885-1967), analizado desde la perspectiva de un intelectual republicano y reformista, a la vez que se reparaba en sus años de formación, distribuidos entre el liceo y el regimiento, entre la escuela y el cuartel. En esta segunda entrega se analiza el arte de mandar (1924), una obra en que nuestro autor apostaba por la simbiosis entre la inteligencia y las armas, en un momento crítico para la historia de Francia. Seguidamente, se profundiza en el ideario pedagógico de Maurois que gira alrededor del oficio de vivir, que determina un arte de vivir, sin olvidar la perspectiva del instinto de felicidad burgués, idea fuerza que nuestro autor extrajo de la filosofía de Alain, su profesor en el liceo de Ruan. Por último, se incluye un apartado de conclusiones que subraya la influencia del pensamiento de Maurois en España, antes y después de la Guerra Civil (1936-1939). A grandes rasgos, podemos señalar que su obra literaria, divulgada por proyectos editoriales de largo alcance como Plaza & Janés y Círculo de Lectores, coadyuvó a la modernización de España a través de la literatura, que adquiere así una función pedagógico-social de suma relevancia. Hechas estas salvedades, pasamos a desarrollar la segunda parte de este estudio monográfico que hemos dividido en dos entregas.

EL ARTE DE MANDAR, LA SIMBIOSIS ENTRE LA INTELIGENCIA Y LAS ARMAS

No puede extrañar que André Maurois se refiriese, en diversos lugares de su extensa obra, al magisterio de Alain, gran admirador de Sócrates, Platón y Spinoza, y lector de Descartes, Stendhal y Balzac. Biblioteca corta, pero de lectura reiterada e intensiva. Como sabemos, Alain fue un pensador libre que promovió la acción y la búsqueda de la felicidad. Nada de resignación estoica ni cristiana, sino un optimismo orientado de manera esperanzada a la felicidad que sitúa la acción humana en este mundo, de acuerdo con una fórmula que proclama que querer no es soñar sino decidirse y perseverar.¹ Así en sus *Cartas a la desconocida* (1956), una especie de relato de formación destinado a las mujeres, reconoce que

¹ André Maurois, «Alain», *Obras Completas. V* (Barcelona: Plaza & Janés, 1968), 161.

la vida no es «absolutamente mala» y que, por tanto, se considera «optimista en el sentido de que creo que es posible hacer algo, mejorar nuestra propia vida, y, de manera general, la de la especie humana».² Detrás de este optimismo comedido se detecta la huella de su maestro Alain, que a los ojos de Maurois, aparece como un Sócrates que continúa viviendo sobre la tierra, a pesar de los siglos transcurridos desde su condena.

En el diálogo sobre el arte de mandar, titulado *Dialogues sur le commandement* (1924), Maurois se desdobra y simula una conversación entre un filósofo y un teniente, siguiendo la estructura del pensamiento de Alain siempre abierto al diálogo. Vale la pena añadir que estos diálogos fueron traducidos en 1947 con el título de *Diálogos sobre el mando* por Manuel Gutiérrez Mellado, oficial de carrera que se sumó a la rebelión de Franco y que después fue una figura central de la transición democrática española.³

Es evidente que Maurois alimenta una filosofía de la acción que no está reñida con la reflexión, desde el momento que aspira a una síntesis —el arte de vivir— que reúne los diferentes aspectos de una filosofía de la vida globalmente considerada: el arte de pensar, el arte de amar, el arte de trabajar, el arte de mandar y el arte de envejecer. El conjunto de estas cinco lecciones —perfiles o aspectos, si se quiere— dan sentido a la vida humana en su conjunto, adquiriendo un simbolismo plástico y estético. Vivir es un arte, y esta obra plástica se realiza en cada momento de la vida, en cada instante, en cada vivencia que jalona el camino hacia la sabiduría. En verdad, se puede establecer una especie de puente o conexión entre el arte de ser feliz (una proclama de Alain) con el arte de vivir, tal como lo entiende Maurois, que también se inscribe en una línea pedagógica que enfatiza la importancia de un ideal de formación que siempre implica dosis importantes de autoeducación y, por consiguiente, de auto-disciplina a fin de prepararse convenientemente para la lucha por la vida, una vida que atiende a la felicidad y que no olvida la dimensión espiritual del ser humano. Inútil decir que no se trata de un espíritu religioso, trascendente y metafísico, sino de un espíritu culturalista, vinculado a la historia y a la cultura, que debía vivificar al ser humano, en aquella cruzada humanista —ciertamente reformista y burguesa— de la época

² André Maurois, *Cartas a la desconocida* (Barcelona: Ediciones G. P., 1968), 65.

³ André Maurois, *Diálogos sobre el mando* (Madrid: Ediciones y Publicaciones, 1947).

de entreguerras que, a grandes trazos, perduró hasta 1968. Sin embargo, y con el transcurso de los años, no negó la posibilidad del Absoluto que siempre queda diluido en un segundo término.

Al cabo, Maurois perfiló en 1939 aquel manual sobre *Un arte de vivir* en un ambiente de crisis condicionado por las secuelas de la firma del tratado de Versalles (1919). Desde hacía tiempo, Francia sufría una situación de ahogo económico que le obligó a invadir la cuenca del Rhur entre enero de 1923 y agosto de 1925. En aquel contexto, destaca la celebración nacional del 14 de julio de 1922 que se prolongó durante tres días, entre la noche del miércoles 13 de julio y la noche del domingo 17.⁴ El trasfondo era, pues, patriótico y militarista, de manera que no nos extraña la reflexión de Maurois sobre las cualidades que ha de poseer quien ha de ejercer el arte de mandar. Mientras Malaparte teorizaba en 1931 sobre la técnica del golpe de estado, Maurois publicó aquel mismo año la biografía sobre Hubert Lyautey, con la vista puesta en aquellos que habían de dirigir Francia en un período de dificultades. «En muchos rasgos de Lyautey encontraba yo al hombre de acción que había intentado describir».⁵ A tenor de lo dicho, Lyautey representa el arte de mandar en momentos críticos, lejos de los dictadores al uso que no acatan los principios de un estado libre, ya que respeta escrupulosamente los principios democráticos. En otras palabras, Maurois busca un líder, un hombre de estado, una élite dirigente, para lo cual se precisa de la educación moral tanto en los que han de mandar como en aquellos otros que han de obedecer.

Para sustentar la verdadera libertad, que es un gran bien, hacen falta, no sólo instituciones libres, sino una educación moral. Seremos dignos de ser un pueblo libre en la medida que cada uno de nosotros haya aprendido a respetar al jefe legal, a soportar la existencia de una oposición, a escuchar los argumentos del adversario, y sobre todo, a colocar el interés del país por encima de las pasiones partidistas y de los intereses creados.⁶

⁴ Ernest Hemingway, *Sobre París* (Barcelona: Editorial Elba, 2012), 96.

⁵ André Maurois, *Memorias* (Barcelona: Aymá, 1944), 221.

⁶ André Maurois, «Un arte de vivir», *Obras Completas, V* (Barcelona: Plaza & Janés, 1968), 454-455.

Si muchos países optaron por la fuerza dictatorial totalitaria —la marcha sobre Roma se había producido hacía pocos meses— Maurois buscaba el gobernante capaz de dirigir los destinos de Francia en tiempos de crisis como los de la Tercera República, que quedó colapsada en la primavera de 1940, en un momento —y aquí seguimos los informes del mariscal inglés Edward L. Spears— en que despuntaba la figura de Charles De Gaulle, quien ofreció a Maurois el cargo de portavoz de la Francia libre pero que rechazó por temor a posibles represalias contra sus familiares.⁷ En sus memorias, Maurois reconoce que estos diálogos sobre el arte de mandar fueron elogiados por diferentes militares e intelectuales como Bergson, siempre proclive al vitalismo: «Deseaba hacer conocer a los jóvenes, a los futuros jefes de Francia, políticos, militares e industriales, las reglas de acción que me habían enseñado la experiencia y la historia. Nada más».⁸ Desde luego, Maurois ve en el militar del diálogo el reflejo de la filosofía de la acción, fruto de la simbiosis entre el pensamiento y la decisión. En última instancia, «la acción es el elemento esencial de la vida, y el hecho de pensar es ya un esbozo de acción».⁹

Si Maurois quedó impresionado por militares como Hubert Lyautey, que contribuyó a consolidar el imperio colonial en África, da la impresión de que se mantuvo a cierta distancia de Charles de Gaulle, a pesar de que en ningún momento dudó en defender la Francia libre que había sido derrotada por la improvisación política y la falta de una mecanización militar que no se había previsto. En consecuencia, abandonó su exilio en Nueva York, donde residió entre 1940 y 1942, para reingresar en el ejército en 1943, después del desembarco aliado en el Norte de África. En todo caso, Maurois no olvida los méritos de Pétain, sobre todo durante la Gran Guerra. «Pétain, en 1917, apaciguaba los motines con una mezcla de severidad, de justicia, de dignidad, y de afecto, y es un hermoso ejemplo de este equilibrio».¹⁰

De cualquier modo, el pueblo francés no fue el causante de la derrota, sino que los verdaderos responsables fueron los políticos que no vieron

⁷ Edward L. Spears, *Memorias. La derrota de Francia. Junio 1940* (Barcelona: Editorial Ahr, 1956), tomo II, 176-178.

⁸ Maurois, *Memorias*, 212.

⁹ Jacques Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois* (Barcelona: Ediciones G. P., 1968), 232.

¹⁰ André Maurois, «Un arte de vivir», 449.

los peligros de una Alemania rearmada con unidades mecanizadas. Así las cosas, y siempre en opinión de Maurois, la derrota de 1940 no se produjo por errores humanos (la falta de valor de la tropa y la capacidad de los oficiales) sino por las luchas intestinas de la Tercera República, aquel régimen que había dado pensadores espléndidos como Alain, que admiraba a Napoleón y que no dudó en ponerse al servicio de Francia cuando fue movilizado como artillero durante la Gran Guerra. Si los soldados de aquella contienda recibieron el apelativo de *poilus* (por su aspecto peludo), en la campaña de 1940 no hallaron un calificativo que los definiese, lo cual da muestras de la falta de identidad y personalidad de un ejército que no estaba preparado para la guerra relámpago (*Blitzkrieg*).¹¹ Quizás por ello, en *Tierra de promisión* (1946) pone en boca del ingeniero Alberto Larraque, fabricante de coches, una réplica de los hermanos Renault que sacaron adelante la importante empresa automovilística, el elogio de la guerra mecánica y del carro de combate que consiste en un «tractor montado sobre cremalleras, protegido por un blindaje, armado de ametralladoras y cañones, y que sirve para defender a la infantería contra las ametralladoras enemigas».¹²

Con relación a los oficiales franceses, podemos indicar que una buena parte concurrió a Saint Cyr, institución fundada por Napoleón, sobre quien Maurois elaboró una monografía.¹³ En este punto, se puede establecer una diferencia entre el oficial colonial y el metropolitano que siempre ha permanecido en Francia. El primero se puede representar por la figura de Hubert Lyautey, formado en los círculos católicos, junto a Albert de Mun. Entre los diferentes aspectos que anota, Maurois describe la influencia de Joseph Simon Gallieni, lector de John Stuart Mill en los momentos más difíciles de las batallas, sobre Lyautey. De hecho, este último se hizo famoso por haber publicado cuando era capitán (*Revue des deux mondes*, 15 de marzo de 1891) un breve artículo sobre la

¹¹ André Maurois, *Tragedia en Francia* (Barcelona: Editorial Lara, 1944), 55.

¹² André Maurois, *Tierra de promisión* (Barcelona: José Janés editor, 1949), 92.

¹³ Del retrato de Napoleón trazado por Maurois, en su biografía sobre el protagonista del 18 Brumario, reproducimos el fragmento siguiente: «Una mente abierta y perspicaz, una increíble capacidad de trabajo, honradez intelectual, ninguna confianza en sus semejantes, habilidad para ganárselos sin recurrir a la adulación: tales son las cualidades que pudieron contribuir a inclinar la fortuna de su lado. Su fracaso final puede explicarse por un exceso de imaginación. Sus planes eran admirables, pero hizo demasiados. El supremo arte no consiste tanto en seguir siempre hacia adelante como en saber detenerse a tiempo» (André Maurois, *Napoleón*. Barcelona: Salvat, 1984), 180.

misión social del oficial («Du rôle social de l'officier dans le service militaire universel») donde destaca su dimensión formativo-pedagógica, algo razonable después de la implantación del servicio militar obligatorio. No por azar, la formación comenzaba en la escuela y concluía en el cuartel, según una lógica republicana surgida en los tiempos de la Revolución.¹⁴ No es gratuito recordar que la aceptación de *La Marsellesa* como himno y del 14 de julio como fiesta nacional que se conmemoró por primera vez el 1880 fue una aportación de la Tercera República, a fin de establecer como señala Maurois lazos con la Revolución Francesa que celebró fastuosamente el 14 de julio de 1790, la Fiesta de la Federación, en recuerdo del primer año de la toma de la Bastilla.¹⁵

Al hilo de lo expuesto, parece coherente que Lyautey manifestase en 1891, antes del *affaire* Dreyfus, que el oficial también debía convertirse en el educador de la Francia republicana. En este sentido, se expresa Lyautey en el artículo publicado en 1891 en la *Revue des deux mondes*, de modo que según la concepción militar moderna, el oficial se convierte en el educador de la nación. Por consiguiente, el oficial colonial o metropolitano completa la obra del maestro público francés, aquel apóstol laico de la III República, con lo cual se establece un vínculo entre la escuela y el cuartel, dos instancias creadas para promover la alfabetización y la militarización de la juventud de cara a la movilización total. En última instancia, muchos oficiales provenían de familias monárquicas que, finalmente, aceptaron el régimen republicano después de las difíciles horas de la derrota en la batalla de Sedan ante los prusianos (1870). Además, se debía asegurar una especie de continuum entre el maestro y el sargento, entre la enseñanza pública y la instrucción militar, a fin de garantizar la formación de unos ciudadanos patrióticos y leales a la República. En suma, el servicio militar no podía ser algo embrutecedor y degradante, como a menudo sucedía, sino una empresa de acción y formación social, con una clara vocación pedagógica.

Por esto mismo, parece clara la simbiosis entre el militar y el intelectual, ya fuese de carrera como Lyautey, o reservista como André Maurois, la otra cara de Émile Herzog. Recordemos que Maurois, oficial de enlace durante la Gran Guerra, publicó con el seudónimo que le hizo famoso *Los*

¹⁴ Célestin Hippeau, *L'Instruction publique en France pendant la Révolution* (Paris: Klincksieck, 1990).

¹⁵ André Maurois, «Historia de Francia», *Obras Completas, II* (Barcelona: Plaza & Janés, 1961), 531.

silencios del Coronel Bramble (1918), novela que constituye un elogio del sistema de vida inglés, dado que el espíritu militar mantiene una relación sólida con el espíritu deportivo. No por casualidad, en su *Lettre ouverte à un jeune homme* (1966) Maurois defenderá la práctica del deporte, visto como una manifestación de su filosofía de la acción. «Le sport est une action, toute désintéressée, que remplit merveilleusement les temps morts».¹⁶

Aquí radica el éxito del *gentleman* que, lejos de caer en la trampa del intelectualismo, propicia gracias a su fortaleza moral un hombre de acción que además sirve para mantener un imperio. Maurois pone en boca del mayor Parker las siguientes palabras:

El mayor servicio que nos han prestado los deportes es, justamente, preservarnos de la cultura intelectual. No hay, por fortuna, tiempo para todo; el golf y el tenis excluyen la lectura. Somos estúpidos [...]. Somos estúpidos, lo cual constituye una fuerza enorme. Cuando estamos en peligro no lo advertimos porque reflexionamos poco: esto hace que permanezcamos tranquilos y salgamos casi siempre de él con honor.¹⁷

En el universo de Maurois, que conoce perfectamente la tradición literaria y filosófica francesa, la acción ocupa un lugar de relieve, de manera que se muestra atraído por la filosofía de Alain, que había vinculado la intuición a la acción a través del genio. «Le génie, c'est l'action aisée, sans délibération, sans erreur et imprévisible».¹⁸ Además de los artistas, los militares también han de actuar según esta característica. «Un général décide de même, sur le moment, non d'après les conseils ou le plan, mais d'après l'objet seulement; car telle est l'œuvre libre».¹⁹

Acaso por esto los *Diálogos sobre el mando* (1924) plantean una discusión entre un filósofo (inspirado en Alain) que aceptó voluntariamente ser movilizadado como artillero durante la Gran Guerra y un teniente (Blacque-Belair, hijo del general de caballería que dirigía la escuela militar de Saumur) que ejerció de oficial durante la misma contienda y que, una vez

¹⁶ André Maurois, *Lettre ouverte à un jeune homme* (Paris: Éditions Albin Michel, 1966), 67.

¹⁷ André Maurois, «Los silencios del coronel Bramble», *Obras Completas, IV* (Barcelona: Plaza & Janés, 1962), 12.

¹⁸ Alain, *Éléments de philosophie* (Paris: Gallimard, 2010), 255.

¹⁹ Alain, *Éléments de philosophie*, 256.

finalizada, marcha hacia Argelia. El subtítulo de esta obra, según apareció en las primeras ediciones francesas, da cuenta y razón de la estructura al señalar que se trata de un diálogo entre «Monsieur R., professeur de philosophie dans un lycée de Paris et le Lt C. du 7e Dragons, chef de poste de Bou-Salah». El diálogo transcurre en el centro de París, en el Boulevard Saint Michel, al lado de los Jardines de Luxemburgo, cerca de donde Alain impartía sus clases en el Liceo Enrique IV. «Après la mort de Janine, André s'est remis au travail. Il a écrit des *Dialogues sur le commandement*, qui viennent de paraître [...]. Le livre l'a aidé à surmonter le désespoir».²⁰

Llegados hasta aquí, conviene reparar en que Alain —un «maître à penser», un fiel representante de la *république des instituteurs*—²¹ planteaba como ejercicios diálogos entre personajes que argumentaban sócráticamente sobre una temática:

Los temas de disertación que nos daba nos arrebatában: «Una joven está a punto de saltar, para ahogarse, el parapeto del Puente de las Artes. Un filósofo que pasa la retiene por la falda. Diálogo». O aún: «Diálogo entre un Sacristán y un capitán de bomberos sobre la existencia de Dios». Otra vez: «El colegio en el país de la Utopía». Puede imaginarse que los colegas tenían muchas cosas que decir sobre eso.²²

Mas, a pesar de la presencia de Alain, Maurois escribió esta obra bajo la influencia de Kipling, de quien admiraba el tipo de líder que proponía. Dejando aparte esta cuestión, el mismo Maurois era consciente de que Kipling no gozaba de gran crédito porque se le acusaba de haber exaltado al Imperio británico, aunque apostilla que se trataba de una visión muy superficial. En *Cartas a la desconocida* (1956), Maurois tiene bien presente el cuento de Kipling «El hombre que quiso ser rey» en que el literato inglés se hace eco de una «historia, tan vieja como la Humanidad, cuya primera versión cabe encontrarla en la de Sansón y Dalila».²³ Una historia de ambiciones que pone al descubierto la debilidad del ser humano, que siempre se muestra insatisfecho en su afán de poder.

²⁰ Dominique Bona, *Il n'y a qu'un amour* (Paris: Grasset, 2016), 222.

²¹ George Steiner, *Lecciones de los maestros* (Madrid: Siruela, 2003), 102-107.

²² Maurois, «Destinos ejemplares», *Obras Completas. V* (Barcelona: Plaza & Janés, 1968), 771.

²³ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 109.

Tampoco hay que perder de vista que Kipling fue corresponsal en Francia durante la Gran Guerra, y en sus crónicas —por ejemplo, en «Francia en Guerra» (1915)— se desprende un inequívoco reconocimiento por el valor del pueblo francés que, con su heroísmo, impide el avance alemán, cuya cultura además de bárbara constituye un ataque frontal a la civilización al personificar el mal.²⁴ No pueden sorprender, pues, las palabras de Maurois: «Por mi parte, encontraba en sus libros un ideal de abnegación y de eficacia, sin palabras altisonantes».²⁵ He aquí el elogio que Maurois dirige a Kipling, tal como se desprende de las siguientes palabras:

Toda Sociedad que no sabe aceptar a sus jefes, perecerá, e incluso los animales, para sobrevivir, se someten a las leyes de la selva. Pero, en desquite, los jefes de Kipling debían mostrarse dignos del mando, por su abnegación y valor. Me gustaba el tipo de angloindio que proponía a nuestra admiración: buen técnico, devoto de la profesión en cuerpo y alma, misterioso y callado, fiel a sus amigos y duro con los rebeldes. Allí, aun encontraba una imagen de lo que me parecía que un jefe de industria debía ser. En mis cuadernos de aquel tiempo encuentro apasionados diálogos conmigo mismo, donde defiendo alternativamente la tesis de Kipling y la de Alain.²⁶

Si bien Maurois reconoce en sus memorias que deseaba ser imparcial, acepta que se encontraba más cerca del militar que del filósofo. En todo caso, hay que determinar cuáles son las cualidades que ha de reunir aquel que ejerce el mando, el arte de mandar. Y ello en un momento de crisis —nos encontramos en la década de los años veinte— en que se necesitan líderes. «Ahora más que nunca, escribe Maurois, necesitamos los jefes. Problemas como el de la moneda, el de las deudas entre las naciones, el de la Seguridad de Europa, exigen grandes espíritus».²⁷ A continuación formula la siguiente demanda: «Yo no pido y no deseo que este hombre sea un soldado. Pero pido que tenga el *espíritu militar*, es decir, el valor de elegir

²⁴ Rudyard Kipling, *Crónicas de la Primera Guerra Mundial* (Madrid: Fórcola, 2016).

²⁵ Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois*, 47.

²⁶ Maurois, *Memorias*, 96.

²⁷ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 145.

y el valor de *mando*». ²⁸ Naturalmente, no aboga por un militar golpista, que gobierne dictatorialmente, sino por alguien con uniforme o sin él que acepte el régimen republicano y garantice el orden social que representa la Tercera República. «El horror al desorden ha sido siempre uno de mis sentimientos más fuertes. No amo la tiranía: la odio. Pero respeto a un justo y firme poder. Nada de acción sin disciplina: tal era mi tema». ²⁹

Sin abandonar los *Diálogos sobre el mando* observamos cómo el teniente considera la guerra como algo consubstancial a la naturaleza humana, a la vez que destaca la importancia de la organización y de la intuición, mientras que el filósofo denuncia la obcecación de los mandos militares. «Al principio de la guerra, sus Saint-Cyriens de guante blanco querían marchar contra las ametralladoras alemanas, y no pudieron». ³⁰ El filósofo, profesor de la materia, una copia de Alain, se lamenta del menosprecio del Estado Mayor por la inteligencia. Por su lado, el teniente insiste en la necesidad de planificar la batalla, de manera que es importante la labor de los generales. «Un plan bien estudiado protege al territorio de probables contingencias, tanto como le es posible al espíritu humano». ³¹ Además, destaca el papel estratégico de las decisiones militares que han de ser tomadas por hombres de carácter, como Joffre en la batalla del Marne (1914) y Pétain en la de Verdún (1916). El militar es persona de intuición, conoce el terreno, se prepara previamente y sabe tomar las decisiones más adecuadas en cada momento. Por su parte, el filósofo reclama un planteamiento riguroso e inteligente, racional y científico, mientras que el teniente opta por la acción vital, por la intuición, aunque siempre es bueno el estudio previo de las cosas. Sin embargo, el hombre de acción, como el hombre común, en cualquier momento de la vida, se ha de dejar llevar por el instinto. Así lo expresa Maurois:

Lo ideal para el hombre de acción sería hallar en casos infinitamente más complejos la seguridad del instinto. Con otras palabras diremos que el arte de pensar sería, para el hombre de acción, el arte de transformar el pensamiento en instinto. ³²

²⁸ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 146.

²⁹ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 211.

³⁰ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 37.

³¹ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 40.

³² Maurois, «Un arte de vivir», 377.

Teniendo en cuenta lo que decimos, y sin desdeñar el estudio previo de las cosas que reclama el filósofo, la acción exige una especie de instinto, no sólo en el campo de batalla sino en la vida cotidiana, que no ha de ser otro que el instinto de felicidad que, en ningún caso, debe interpretarse como una meta hedonista. De todos modos, conviene remarcar que Maurois buscaba una clase dirigente más que un líder carismático para la República Francesa que vivía una época de dificultades, antes de producirse la derrota ante el nazismo, en un momento en que las tendencias políticas oscilaban peligrosamente entre la Action Française de Charles Maurras, el nacionalismo de Pierre Laval y las aspiraciones del Frente Popular, que gobernó el país vecino entre 1936 y 1938. Hasta cierto punto, la crisis de los partidos con políticos profesionales fue la causante de aquel estado de cosas, sin olvidar la galopante crisis económica que se vivía desde el fin de la Gran Guerra, sobre todo a partir de 1931, lo cual provocó el colapso del sistema republicano y, por extensión, el fracaso de 1940. En el fondo, Maurois que cuando regresó del exilio vio que en su biblioteca particular faltaban más de nueve mil libros opta por una especie de fusión entre las cualidades del filósofo (pensamiento, reflexión) y las que infunden el carácter militar del teniente (disciplina, acción), hasta el extremo de configurarse una especie de instinto que surge de la combinación entre ambos elementos y que ha de distinguir a aquellos que presentan dotes para el mando, no sólo en la vida militar sino también civil.

Sin duda alguna, el diálogo sobre el mando representa una especie de tensión entre el pensamiento y la milicia, entre la razón filosófica y la intuición militar, entre la reflexión y la acción, aspectos que se dieron juntos en el caso de Descartes, filósofo y soldado. «Habíamos reconocido que el Ejército y la Inteligencia siempre habían hecho buenas migas en Francia». ³³ Resulta significativo observar que el diálogo se salda con una síntesis, ya que no se trata de excluir nada, sino de conjugar las virtudes intelectuales con las castrenses. Talmente da la impresión que Maurois dibuja el perfil de un gobernante para tiempos menesterosos que, a pesar de no ser soldado de profesión, posea las virtudes militares, es decir, que sepa mandar y tomar decisiones en los momentos más complicados como hicieron Joffre y Churchill, respectivamente, en las dos Guerras

³³ Maurois, *Diálogos sobre el mando*, 80.

Mundiales, al aplicar el principio de que una retirada a tiempo puede convertirse en una victoria posterior.

Se comprenderá entonces, que la educación de cualquier joven francés deba completarse en el cuartel, en el regimiento, en contacto directo con la vida militar, en cuyo escalafón también se puede ascender a través de los distintos rangos —suboficiales y oficiales— de complemento. Lejos de participar de los idearios pacifistas y no beligerantes que surgieron en Europa, incluso antes de la Primera Guerra Mundial, con obras emblemáticas como *¡Abajo las armas!* (1889) de Bertha Von Suttner, ideas que a la larga cuajaron en el «espíritu de Ginebra» que dio lugar a la Sociedad de Naciones (1920), Maurois no sólo acepta y valora la vida militar sino que ve en ella una especie de condición de posibilidad para la formación de las minorías dirigentes, aquellas que han de saber mandar en todas las esferas sociales, incluso en el ámbito de la industria y del comercio, más aún si se tiene en cuenta el potencial colonial de aquel momento.

La indisciplina en las fábricas es la ruina de las fábricas, como la indisciplina en los ejércitos supone el desastre de los ejércitos. Mal hecha se halla igualmente toda sociedad en la que dos jerarquías entran en conflicto. Que los obreros estén desgarrados entre la disciplina patronal y la disciplina sindical es lo verdaderamente malo. Hay que delimitar claramente las zonas de poderío del patrón y del Sindicato; y después de establecidos estos límites, otorgar a cada poder una autoridad completa en su dominio. Y que esto es posible, lo demuestra la experiencia de Inglaterra y de los países Escandinavos.³⁴

De tal guisa que su modelo pedagógico, el estilo de vida que propugna, combina la búsqueda de felicidad con el respeto a la libertad, en una especie de simbiosis que recoge la fusión entre la inteligencia y las armas, sin olvidar el mantenimiento del orden en un todo social que prioriza a aquellos que han de dedicarse a la ardua tarea de mandar. Frente al ascenso de los dictadores —situación satirizada por Ignazio Silone en *La escuela de los dictadores* (1938)—³⁵ Maurois proponía en la mejor de las tradiciones pedagógicas francesas, que va de Rabelais a Rousseau,

³⁴ Maurois, «Un arte de vivir», 453-454.

³⁵ Ignazio Silone, *L'école des dictateurs* (Paris: Gallimard, 1964).

Un arte de vivir, un programa de vida radicalmente humanista, con una innegable dimensión espiritual, en consonancia con los valores del republicanismo, un arte de vivir que reclamaba una minoría directora de los destinos de Francia, una élite que supiese ejercer el arte de mandar, esto es, saber gobernar. Para ello, los dictadores ya no servían puesto que mandan autoritariamente como un jefe de ejército, sin ejercer el arte de saber dirigir.³⁶

Siendo así, Maurois demanda una minoría rectora, una aristocracia de mando al servicio de la Francia republicana, inspirada en la figura de alguien como Hubert Lyautey que aparece en medio de otras dos figuras militares emblemáticas como Pétain y De Gaulle. Huelga decir que aquellos que tuvieran el honor de formar parte de esta minoría serían los auténticos y verdaderos hombres dotados de genio, que hacen prosperar sus empresas, civiles o militares. «El hombre normal no transforma al mundo; tan solo lo soporta. El hombre de genio imprime la forma de su espíritu a una materia cuya resistencia domina».³⁷ Una vez más, Maurois rechaza la resignación estoica que no afecta al genio que lidera más allá de cualquier tentación fatalista. Así lo hizo Lyautey en África, y así debería actuar aquella minoría dirigente en la metrópolis, sobre una base republicana que enlaza con la visión positivista de orden y progreso. «El orden sucede al desorden, la paz a la guerra, la vida familiar y agrícola a la existencia de la piratería y del rapto».³⁸

No es sorprendente, pues, el apego de Maurois por los ingenieros y militares que urbanizan con sus obras el territorio (canales, carreteras, ferrocarriles, diques, puertos, etc.), garantizan la paz social y favorecen el progreso material de los ciudadanos que, finalmente, están llamados a llevar una vida feliz. La escuela politécnica se convierte, pues, en el venero de los constructores de la nueva Francia que tuvo en la Exposición Universal de 1889, con la torre Eiffel, un magnífico escaparate. Por su parte, el zapador del cuerpo de ingenieros representa la unión del trabajo y la inteligencia. Quizás aquí la historia del ingeniero Philippe Viniès, protagonista de *Ni ángel ni bestia* (1919), la primera novela de Maurois, sirva para ilustrar cuanto decimos, con el trasfondo de los conatos re-

³⁶ Maurois, «Un arte de vivir», 450.

³⁷ André Maurois, *Lyautey* (Barcelona: Editorial Surco, 1943), 169.

³⁸ Maurois, *Lyautey*, 59.

volucionarios de 1848 en medio de un conjunto de traiciones y deslealtades. Con estos antecedentes, hay que precisar que la figura de Alberto Larraque, uno de los personajes centrales de *Tierra de promisión* (1946), ejemplariza el tipo del ingeniero, del hombre que confía en las máquinas y que con su trabajo moderniza Francia, sobre todo a partir de 1890.

Esto equivale a decir que el régimen que Maurois defiende corresponde a la Tercera República que enlaza con el proyecto de 1789 con su declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Nos encontramos, pues, ante una especie de lucha por el ideario republicano, con importantes dosis espirituales que no teológicas, que se canalizó a través de la escuela y la milicia. Como buen burgués, Maurois tiene miedo a la revolución, a la violencia, a las dictaduras populares como pretendía Louis Auguste Blanqui y más pánico, si cabe, a la guerra civil. En suma, el recuerdo de los acontecimientos de la revolución de 1848 y, especialmente, los de la Comuna de París (1871), estaban muy presentes en el universo mental de Maurois, un intelectual reformista, que contribuyó a afianzar el régimen republicano después de 1919 salvando, por encima de todo, el honor del ejército. No por casualidad, en la «Carta a unos jóvenes» que cierra *Un arte de vivir* (1939), nuestro autor afirma que «ninguna revolución establece una sociedad eternamente dichosa» o, lo que es lo mismo, feliz.³⁹

A su entender, además, la Unión Soviética, surgida de la Revolución de octubre de 1917, con la secuela del movimiento espartaquista, tampoco garantiza ningún paraíso, ni esperanza para luchar contra la desazón y el desánimo, sino que el ejemplo foráneo hay que buscarlo en el reformismo inglés y norteamericano. Para ser justos, es preciso reconocer que si Louis Aragon, militante comunista, fijó su atención en la historia de la URSS, André Maurois lo hizo en la de los Estados Unidos, con lo que de esta dicotomía surgió una historia paralela entre ambas potencias cuando las tensiones de la Guerra Fría eran más acuciantes.⁴⁰ En fin, amante del orden y del progreso, Maurois encara el futuro con la mirada puesta en los Estados Unidos, una actitud que contrastaba con la que observaban buena parte de los intelectuales de la época, un tanto

³⁹ Maurois, «Un arte de vivir», 482.

⁴⁰ Louis Aragon y André Maurois, *Les deux géants. Histoire des Etats-Unis et de l'URSS de 1917 à nos jours. Conversations et aperçus* (Paris: Éditions du Pont Royal, 1962-1964) [5 vols.].

impresionados por el mundo soviético, como mínimo hasta la invasión de Hungría (1956).

DEL OFICIO DE VIVIR AL ARTE DE VIVIR

Sabemos que Maurois publicó en 1939 *Un arte de vivir*, libro que fue traducido inmediatamente a nuestra lengua, alcanzando un éxito descomunal sobre todo en América. En efecto, mientras España vivía una época oscura durante la postguerra, la librería Hachette lanzaba, desde Buenos Aires, la primera edición de una obra que incorporaba el siguiente subtítulo: «El arte de pensar. Amar. Trabajar. Mandar. Envejecer». En julio de 1945 se alcanzaba la décimo-novena edición de esta obra que nos va a ocupar en el último trecho de este trabajo y que sigue la tradición moralista representada por nombres como Platón, Marco Aurelio y Montaigne, una nómina que confirma que podemos aplicar este calificativo a nuestro autor.⁴¹ En este sentido cabe citar que el capítulo noveno del libro de Suffel está dedicado a este aspecto de moralista, en el que coinciden el pensamiento y la acción.⁴² Tampoco es fortuito que la reciente monografía de Laurent, después de inscribir a Maurois en la tradición moralista francesa (La Bruyère, La Rochefoucauld, La Fontaine, Alain, etc.), recuerde que «la morale, pour les moralistes, est affaire de pratique, pas de théorie».⁴³

En este punto, conviene señalar que Laurent saca a colación una afirmación de Maurois, presente en la biografía de Suffel. «Un moralista no es un autor que da lecciones de moral, sino un autor que trata de las costumbres».⁴⁴ Como él mismo reconoce, Maurois extrajo provecho de las enseñanzas de los moralistas franceses de quienes adquirió el gusto por la brevedad y de la filosofía de Alain, concluyendo que la verdadera moral se burla de la moral. En diferentes lugares, Maurois repite la misma aseveración: «La enseñanza moral más eficaz es el ejemplo».⁴⁵ Desde luego, Maurois participa de los valores del humanismo burgués del siglo

⁴¹ André Maurois, *Un arte de vivir* (Buenos Aires, Librería Hachette) [Esta edición incluía una nota que recordaba que se trataba de la «única versión castellana autorizada»].

⁴² Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois*, 232.

⁴³ Thierry Jacques Laurent, *André Maurois, moraliste* (Paris: L'Harmattan, 2016), 49.

⁴⁴ Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois*, 241.

⁴⁵ Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois*, 243.

XIX, y formula un ideal de vida, de sabiduría, que no tiene «équivalents dans la production littéraire des grands auteurs français de la première moitié du xxème siècle».⁴⁶

Como venimos sosteniendo hasta aquí, la República según Maurois necesita de una clase dirigente capaz de ejercer con tino el arte de gobernar, lo cual confiere a su planteamiento un sentido aristocrático, el gobierno de los mejores, que no tiene que ver con la nobleza, sino con el espíritu, la *noblesse d'esprit* de una Francia cuyos jefes debían distinguirse por sus cualidades. En última instancia, lo que pretende Maurois es la felicidad de los ciudadanos de la República, al margen de promesas escatológicas y consideraciones metafísicas. Hay que vivir buscando la felicidad en un ahora y aquí que responde al *ethos* republicano y que requiere, como hemos visto, líderes capaces de tomar las riendas de la nación en todos los ámbitos, ya sea en tiempos de paz, o bien en épocas de conflictos bélicos.

Naturalmente en este punto vuelve a surgir la figura de Alain con su búsqueda de la felicidad, idea que Maurois asume en diversos pasajes de su literatura, especialmente en la novela *El instinto de felicidad* (1934) que, a pesar de todo, no fue de su completo agrado. Innecesario añadir que aunque la felicidad se encuentra al alcance del ser humano existían importantes trabas morales para alcanzarla, sobre todo en lo que concierne al ámbito conyugal. Por ello, en un mundo cada vez menos hipócrita, se acabó por aceptar el divorcio ante el ignominioso adulterio, una práctica tolerada por amplios sectores de la sociedad. Ante este estado de cosas, Maurois se muestra contrario al amor venal y al adulterio que servían para apaciguar sórdidamente el infierno de la guerra matrimonial.

De esta forma, Maurois configura una visión burguesa de la felicidad que exige salvaguardar la paz conyugal, si conviene con el silencio, a fin de obtener un bien mayor y general. Nos encontramos, pues, ante una apología del silencio de signo utilitarista. «No del silencio en abstracto, sino de un silencio condicionado al logro de lo más precioso: la conservación, casi podríamos decir el cultivo de la felicidad».⁴⁷ Así, por ejemplo, el

⁴⁶ Laurent, *André Maurois, moraliste*, 54.

⁴⁷ María Luz Morales, «André Maurois. Vida y obras», *Obras Completas. I* (Barcelona: Plaza & Janés, 1966), XXIX.

protagonista de la novela *El instinto de la felicidad*, sabedor que su hija no era fruto del matrimonio, no duda en pronunciar las siguientes palabras:

Aquella mañana tuve la certidumbre de que Colette no era mi hija, fisiológicamente. Pero yo estaba, después de aquella noche pasada a la cabecera de su cama, en tal estado de exaltación, en tal embriaguez de sacrificio, que el choque no fue ya penoso [...] no era mi hija cuando nació, pero es ahora cien veces mi hija.⁴⁸

Sin embargo, este silencio no es en modo alguno sinónimo de hipocresía, porque Maurois sabe que las condiciones sociales han cambiado y no es posible guardar silencio si es para mantener situaciones degradantes como el engaño o el adulterio, circunstancia que denuncia en *El círculo de familia* (1932). Es evidente que Maurois aboga por el orden familiar, político y social, pero no está a favor del inmovilismo sino del reformismo, tal como corresponde a un seguidor de Alain, un pensador radical menos conservador que Comte. Por eso uno de los protagonistas de esta misma novela exclama: «El matrimonio es una institución que ya no está adaptada a nuestras costumbres [...] Evolucionará.[...] Ya ha evolucionado».⁴⁹ De ahí que defendiese el divorcio como una nueva realidad social, cosa que a su entender era difícil de concebir socialmente antes de la Gran Guerra. Las mentiras y las traiciones formaban parte de un mundo que anteponía el disimulo y el engaño a la felicidad conyugal y familiar, con lo que se precisaba de la fuerza de cambio que representaba la burguesía que, con su filosofía republicana, se desmarcaba de las posiciones conservadoras a veces ultramontanas de la Iglesia católica. Pero no sólo se aleja del tradicionalismo sino también de la intransigencia puritana, de la «moral jansenista, calvinista y cruel».⁵⁰ Más que en el proletariado, Maurois enfatiza el protagonismo de la clase social a la que pertenecía, la burguesía, reivindicando al mismo tiempo el papel rector de una clase dirigente (industrial, intelectual, militar, política), formada por batallones de filósofos-soldados, que recuerdan a los reyes-filósofos de la República platónica.

⁴⁸ André Maurois, *El instinto de la felicidad* (Barcelona: Juventud, 1942), 180.

⁴⁹ André Maurois, *El círculo de familia* (Barcelona: Ediciones Edita, 1951), 139.

⁵⁰ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 71.

En medio de la crisis galopante de los años treinta, Maurois confiaba en un humanismo burgués, que había de asegurar la felicidad del ser humano, de acuerdo con la tradición de la Revolución Francesa y del positivismo, elementos inherentes al *ethos* de la Tercera República. Así el trasfondo revolucionario de 1789 se debía transformar en el orden y progreso del positivismo de Comte, con el añadido del liberalismo radical, nada conservador y menos inmovilista de Alain, sin obviar la tradición moralista clásica y francesa.

Quizás Maurois no se percató hasta después de 1940 de que aquel sistema político-social más que renovarse caminaba hacia el abismo, al ocaso de un régimen, si bien no es menos verdad que entrevió la idea europea como posibilidad de futuro a fin de superar las tensiones existentes en el viejo continente. Así lo manifiesta uno de los protagonistas de sus novelas: «La única esperanza de salvación es, así y todo, la organización de Europa».⁵¹ Por lo demás, hay que recordar que estas palabras fueron escritas mucho antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, con lo cual su intuición es más que remarcable.

En último término, Europa debía tomar el ejemplo de los Estados Unidos, el paraíso del hombre formado a sí mismo, que era una de las finalidades pedagógicas de Maurois, que sabía que la vida en su conjunto es más importante que la esfera estrictamente académica, si bien nunca renegó, muy al contrario, de las ciencias y de la técnica. Acaso por esto, el oficio de vivir que postula demanda un arte de vivir que se enraíza en la filosofía clásica, con lo que se resuelve más en el ámbito del mundo de la vida (*Lebenswelt*) que dentro de las aulas escolares y universitarias que, por lo general, dan un tanto la espalda al mundo de la vida, aunque el vitalismo de Maurois no cae en los excesos del irracionalismo.

De ahí, pues, la importancia de la biografía, de la autobiografía, que Maurois hacía escribir a sus alumnos que habían participado en la Segunda Guerra Mundial. Según registra en su diario de los Estados Unidos, el 20 de marzo de 1946, invitó a sus alumnos —la mayoría acababan de ser desmovilizados— a escribir su biografía, partiendo de la siguiente premisa: «Lo que yo creía a los veinte años...». La respuesta de aquel grupo de jóvenes, que había participado activamente en la lucha bélica,

⁵¹ Maurois, *El círculo de familia*, 169.

no se hizo esperar, ya que el mundo no sólo cambió después de la Gran Guerra, sino también después de la Segunda Guerra Mundial. Por su relieve, reproducimos una respuesta de aquellos alumnos:

Hemos sido engañados —dijo— por nuestros maestros. ¿Quién de entre ellos, en 1939, tuvo el valor de decirnos que un día nos sería necesario prestarnos a morir para defender nuestro tipo de vida? ¿Quién nos preparó en esa idea? Nadie.⁵²

Por tal razón, Maurois intentó recomponer desde una posición humanista, desde un humanismo burgués, aquella crisis que se inició a fines del siglo XIX con el *affaire* Dreyfus y que, de una manera u otra, se prolongó hasta después de 1945. Desde joven era consciente de que no podía volver la vista atrás de una manera nostálgica, aunque motivado por el deseo de orden buscó el gobierno de los mejores substituyendo la vieja alianza entre Iglesia y educación por una nueva conjunción entre escuela y ejército. Una actitud republicana que proyectaba ciudadanos patriotas que debían aprender el oficio de vivir, dándose forma a través del arte de vivir, a fin de alcanzar la felicidad, ahora y aquí, sin perspectivas escatológicas ni metafísicas. Si la Segunda República española no pudo conseguir que la escuela y el ejército marchasen al unísono, en cambio, la Tercera República francesa alcanzó este objetivo, en medio de muchas dificultades que precipitaron el desastre de junio de 1940.

Sin perder su condición de novelista, Maurois fue un cronista de la vida cotidiana, de modo que sus argumentos reflejan las problemáticas que afectaban a un sector elevado, el de las clases dirigentes, de la sociedad francesa. Se ha dicho que sus biografías y libros de historia superan en calidad a sus novelas, pero no es menos cierto que algunos títulos (*Los silencios del Coronel Bramble*, *Bernard Quesnay*, *Climas*, *El instinto de felicidad*, *Tierra de promisión*, etc.) son de una calidad más que aceptable, puesto que entre otros méritos incluyen espléndidos perfiles psicológicos, ya se trate de hombres o de mujeres, para las cuales redactó misivas dirigidas a la mujer en abstracto, sus *Cartas a la desconocida* (1956). En este sentido, fue una especie de educador de la sensibilidad social, con un aire estético que perseguía reformas sociales, adaptándolas a las nuevas exigencias, esto es, al signo de los tiempos, contando como buen burgués

⁵² Maurois, *Diario (Estados Unidos 1946)* (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947), 65.

con el papel educador y pacificador de la mujer que exigía, a su vez, una paz matrimonial, vista como una finalidad del instinto de felicidad. Y todo ello, sin romper con el formalismo de antaño, base del orden con sus reglas de urbanidad y etiqueta, de conformidad con los principios de cortesía de la civilización burguesa.

A todo esto, Maurois incorpora el respeto al principio de libertad que vio en Inglaterra y en los Estados Unidos, amén de su Francia natal, consciente de que la libertad hay que conquistarla cada día porque la vida, recordémoslo una vez más, supone una lucha constante. Así pues, la vida que Maurois propugna constituye una invitación a la acción, al margen de cualquier consideración metafísica porque el ser humano es acción antes que cualquier otra cosa. Pero no una acción ciega —la acción por la acción, como propugnaban los vitalismos irreflexivos del totalitarismo— sino una acción dirigida a la mejora de la sociedad a través de un programa de reformas, sin traumáticos golpes de estado, ni revoluciones convulsas. Sin posibilidad de caer en el error, es más que probable que Maurois, como otros intelectuales de la época, participase del tópico de Goethe de «avanzar sin pausa y sin prisa como las estrellas».

En conjunto, la obra de Maurois transmite una atmósfera de civilidad y cultura, de orden y progreso social, en consonancia con los principios de una burguesía reformista y tolerante que no desea revueltas ni cataclismos y que proclama, además del instinto de felicidad, la vida serena y tranquila. «Envejecer y morir en medio de aquellos con quienes se ha crecido y combatido, es un destino dichoso».⁵³ No extraña, pues, que Indro Montanelli destacase que los personajes de Maurois, ya sean de ficción o extraídos de la historia, aspiran a morir en un tranquilo y cómodo lecho, tal como corresponde a su visión burguesa del mundo y de las cosas.⁵⁴

Es claro, pues, que nos hallamos ante un moralismo pedagógico, que potencia la acción en consonancia con los valores del laicismo escolar francés, inherente al ideario republicano. Recordamos que Maurois pertenecía a una familia judía asimilada y que había sufrido alguna manifestación antisemita durante sus años escolares. Con independencia de su religiosidad siempre un tanto difuminada, pero próxima al espíritu evan-

⁵³ Maurois, «Un arte de vivir», 483-484.

⁵⁴ Indro Montanelli, *Gentes del siglo* (Madrid: Espasa-Calpe, 2006), 267.

gético, más moral que dogmático, tuvo bien presente la situación de los judíos en el París ocupado por los nazis, en una conferencia pronunciada el 30 de enero de 1943 en el Instituto Francés de los Estados Unidos. En el mejor de los casos, la religión se convierte en garante del orden social, si bien no niega la posibilidad de una espiritualidad interior que da la impresión que recuperó en el transcurso de los últimos años después de perderla durante su etapa juvenil.

En su programa sobre el arte de vivir, el arte de mandar, que hemos analizado más arriba, ocupa el cuarto lugar después del arte de pensar, del arte de amar y del arte de trabajar, y antes de la quinta y última fase: el arte de envejecer que, a su vez, concluye con el arte de morir. En el fondo, Maurois considera todas y cada una de estas etapas o aspectos desde un punto de vista artesanal, como si se tratara de un arte o una habilidad, propia de quien ejerce sabiamente un oficio que aquí no es otro que el de vivir, un lugar común en la pedagogía francesa desde Montaigne a Rousseau. A este respecto, es lógico que el oficio de vivir incluya una dimensión estética, ya que al actuar como artesanos de nosotros mismos, damos un perfil plástico a nuestra vida que ha de ser guiada por una acción que, al combinarse con el pensamiento, se transmuta en una especie de instinto que nos obliga a buscar la felicidad. De aquí que vivir sea una obra poética más que racionalista, es decir, más artística que científica.

En cierto sentido, y aunque Francia ha sido el país del método ya sea racional con Descartes y experimental con Claude Bernard, ello no es óbice para negar la creación poética que busca la unidad, no la escisión, ni la dispersión. Su ideal de formación recuerda, por consiguiente, aquella forma (*Bildung*) del neo-humanismo alemán, si bien vinculada a las categorías del republicanismo francés. Se puede colegir, pues, que Maurois no se pierde en las elucubraciones especulativas del idealismo, contaminado a menudo por el ultranacionalismo germánico partidario de la *Kultur*, o más específicamente, de la *Kulturnation* con su carga militarista entendida como supeditación a la figura del emperador, máxima autoridad política y militar. Una visión que en el caso de la formación militar —tenemos a la vista las memorias del mariscal Von Hindenburg— desconsideraba el papel de las humanidades al no ver «clara su utilidad práctica para la vida». ⁵⁵

⁵⁵ Paul von Hindenburg, *Memorias de mi vida* (Barcelona: Editorial Base, 2007), 19.

De manera bien diferente, en el caso de Maurois la idea de formación trata de algo concreto e inmediato, ligado a la vida material, intelectual y espiritual, que reclama la acción humana que adquiere así un cariz poético, es decir, plástico y estético:

La información no es la cultura. En el espíritu del hombre cultivado los hechos aislados se han organizado para formar un mundo vivo, imagen del mundo real. Los estadistas dividen al mundo y lo matan. El poeta modela un mundo y lo anima. El verdadero hombre de acción estará mucho más cerca del poeta que del enciclopedista.⁵⁶

El vitalismo pedagógico de Maurois, connotado siempre moralmente y socialmente, estriba en una invitación a la acción, entendida como creación poética, sin olvidar —como no podía ser de otra manera— las imágenes militares. En efecto, mientras la aviación dibuja o fotografía el mapa teórico por donde han de ir las cosas, la infantería las pone en práctica hasta el punto de que se precisa el concurso de ambas perspectivas, la teórica y la práctica. Ambas, por tanto, conforman la acción que da sentido a una vida entendida en un sentido artesanal, casi de orfebre, que apunta hacia la felicidad, con lo que el arte de vivir se puede equiparar al arte de ser feliz. Al cabo, nos encontramos con un planteamiento que recuerda las antiguas filosofías helenísticas y que ve la vida como un todo en el que, además de reflexión y acción, hay pensamiento, amor, trabajo, mando y envejecimiento. En suma, este conjunto de factores —debidamente articulados a través de una razón poética, esto es, creativa— permite que surja aquel instinto que nos ha de conducir hasta la felicidad.

Resulta innegable que el oficio de vivir, que exige el arte de vivir, contempla el nacimiento del amor y el noviazgo que han de conducir a la santificación del deseo, que es la clave de bóveda de la vida amorosa del ser humano. Dicho de otro modo, el deseo ha de santificarse por algo más elevado que responde a un tónico pacificador que corresponde a un estado de sublime conciliación entre los esposos, de acuerdo con su humanismo que exige el tránsito del amor pasión-sensual al amor ideal, forjado en el día a día gracias al esfuerzo y al perdón. Por esta vía, lo epidérmico y superficial se va elevando hasta alcanzar una esfera superior;

⁵⁶ Maurois, «Un arte de vivir», 378.

donde reine la compenetración y la tranquilidad, superándose la pasión de antaño, sin olvidar el perdón a través de la conciliación armónica.

Por un amor sin sombras, por las imágenes dulces y luminosas con que ese amor puebla los pensamientos y los sueños, como las obras de los grandes artistas y como la fe religiosa, el hombre participa en algo que le sobrepasa. Del fugaz choque de los instintos ha hecho surgir una chispa divina.⁵⁷

Queda atrás, por tanto, la figura de Don Juan como arquetipo trasnochado, y Maurois aboga por un curso del amor que recuerda el movimiento creciente (un *crescendo*) de una sinfonía musical que transita de lo sensual y pasional (Stendhal) a lo más sublime (Mozart). En cierto sentido, la música mozartiana con su armonía se puede identificar con la conciliación de los sentimientos amorosos, de modo que el amor requiere también de una analogía estético-musical. En consecuencia, la línea de demarcación para comprobar si uno está familiarizado con el arte de amar es sencilla:

Asista a un concierto, y si las armonías radiantes de la melodía mozartiana no bastan para alejar de su ánimo la confusión de sus sentimientos amorosos, si todavía se le antojan agrios y desagradables, entonces es que usted todavía ignora el arte de amar.⁵⁸

Todo apunta a una tranquilidad burguesa y ordenada, que invita a la santificación del deseo o, mejor aún, a la reconversión del instinto pasional en instinto de felicidad. Lógicamente, Maurois no comparte la opinión de aquellos que veían en París una especie de capital sensual de Europa, con sus bailes, salas de fiestas, películas pornográficas y casas de lenocinio. Los dos eternos —no sólo el femenino, sino también el masculino, dos modelos que dejaron su huella en España—⁵⁹ infunden de sentido el arte de amar de Maurois que, bajo la influencia de un idealismo platónico, busca la compenetración armónica de las parejas, más

⁵⁷ Maurois, «Un arte de vivir», 403.

⁵⁸ Maurois, «Un arte de vivir», 403.

⁵⁹ Llucieta Canyà, *L'Etern fement: confessions, ideologies, orientacions*. Prólogo de José María de Sagarra (Barcelona: Librería Durán, 1934), con diversas reediciones posteriores; Llucieta Canyà, *L'Etern masculí: orientacions, consells, esperances*. Prólogo de José María de Sagarra (Barcelona: Sin editorial, 1957).

allá de engaños y adulterios. En cualquier caso, Maurois sabe por propia experiencia, después de un desafortunado primer matrimonio y, sobre todo, después de su aventura con la peruana María Rivera, que los matrimonios pueden fallar y que es necesario dar segundas oportunidades a través de leyes como la del divorcio. Su posición enlaza con un reformismo, nada libertino ni provocador, que busca la paz y la concordia de las familias, de tal forma que los sentimientos han de prevalecer sobre las apariencias y convenciones sociales. Desde una perspectiva feminista, el planteamiento de Maurois responde a unos esquemas tradicionales y patriarcales, ya que potencia el papel fundamental de la mujer como ama de casa, con lo que sus consideraciones poseen un cariz misógino. Por el contrario, su literatura hizo mucho por el reconocimiento de la identidad femenina, tal como confirman sus retratos y perfiles de mujeres en novelas tan conocidas como *Climas* (1928), *El círculo de familia* (1932) y *El instinto de felicidad* (1934) que se han reeditado en múltiples ocasiones, sin olvidar las *Cartas a la desconocida* (1956), hoy totalmente trasnochadas. En cualquier caso, y a pesar de que su modelo de mujer se inspira en el «eterno femenino» contempla la posibilidad de su incorporación al mundo laboral, aunque distingue entre la mujer soltera que a su parecer se encuentra en mejor situación que la casada que puede encontrar la felicidad junto al esposo, trabajando en común. «No hay en el mundo nada tan delicioso como un matrimonio que lo posee todo en común: cuerpos, espíritus, victorias, derrotas... En suma, sentimientos y trabajos».⁶⁰

Como es natural, y en sintonía con su cosmovisión burguesa, el ser humano ha de trabajar a modo de un imperativo, más aún si tenemos en cuenta que la vida funciona a través de la disciplina y la acción, virtudes bien presentes en el mundo castrense. También en el orden laboral las virtudes militares como la modestia, la flexibilidad y la discreción son importantes, por lo que en la fábrica y en la empresa también se da la subordinación militar entre los que mandan y los que obedecen. Si tal como hemos visto el pensamiento ha de estar unido a la acción, algo parecido sucede en el trabajo donde la dimensión intelectual y manual se unen en un punto: todos los que trabajan, ya sea intelectual o manualmente, merecen la condición de proletarios. Al abordar la educación de los hijos en las *Cartas a la desconocida* (1956) no duda en aconsejar

⁶⁰ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 83.

que las madres procuren a sus hijos «uno o varios oficios manuales». La argumentación es bien simple. «Nadie sabe cómo ha de ser el mundo en el futuro, pero siempre necesitará técnicos». ⁶¹ Por consiguiente, la división entre ambos tipos de trabajadores intelectuales y manuales es peligrosa porque, en último término, el trabajo puede convertirse en un placer. «El paraíso del jardinero es un jardín y el del carpintero su banco de trabajo». ⁶²

A decir verdad, Maurois confiaba que el maquinismo acortaría la jornada laboral, gracias a una sociedad automática que reduciría progresivamente las horas laborales a siete, seis y cinco, a la vez que las tres semanas de vacaciones de entonces se habrían de convertir en tres meses. Maurois confía en el sueño moderno, inherente a una visión mecánico-positivista del mundo, de un modelo social en que las fábricas funcionarán solas y los ordenadores suplirán tareas farragosas, con lo que el trabajo perderá importancia. «Chacun de nous aurait alors trois ou quatre heures par jour pour lire, cultiver son jardin, s'occuper de ses enfants, faire des sports, aller au spectacle, voir ses amis». ⁶³

Ahora bien, como buen novecentista, Maurois destaca la importancia de la obra bien hecha. «Un trabajo, sea cual fuere, humilde o destacado, puede estar bien o mal hecho». ⁶⁴ No deja de sorprender que André Maurois y Eugenio d'Ors coincidan en elogiar al ceramista Bernard Palissy, el artesano del Renacimiento que intentó emular la cerámica china, de confesión protestante que fue perseguido en la Francia del siglo xvi. D'Ors presenta en *Aprendizaje y heroísmo* (1915) a Palissy como una especie de modelo, ya que además de ser mártir por su fe, se caracterizó por el «amor a su oficio, y a la perfección de su oficio y a los resultados de su oficio». ⁶⁵ Por su lado, Maurois en la *Lettre ouverte à un jeune homme* (1966) también recurre a Palissy para ejemplificar la persona que, sin renunciar a sus convicciones, consigue convertir gracias a su oficio que cada día constituya una pequeña eternidad. ⁶⁶ Así es como Maurois solventa, con

⁶¹ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 102.

⁶² Maurois, «Un arte de vivir», 417.

⁶³ Maurois, *Lettre ouverte à un jeune homme*, 61.

⁶⁴ Maurois, «Un arte de vivir», 417.

⁶⁵ Eugenio d'Ors, «Aprendizaje y heroísmo», *Diálogos* (Madrid: Taurus, 1981), 64.

⁶⁶ André Maurois, *Lettre ouverte à un jeune homme*, 46-47.

una voluntad conciliadora, la tensión entre la tradición artesanal y el maquinismo moderno, en un contexto en que el oficio de vivir se perfila a modo de un arte de vivir, que como hemos visto adquiere una dimensión plástica y estética o, lo que es lo mismo, poética.

Capítulo aparte merece el trabajo del estudiante porque Maurois da unas pautas didácticas para los jóvenes que en estos tiempos posmodernos pueden sorprender. A continuación se apuntan dos consideraciones pedagógicas. No hay enseñanza sin disciplina y enseñar no es divertir, de manera que estudiar comporta el mantenimiento de una disciplina. Aquí conviene traer a colación la *Lettre ouverte à un jeune homme* (1966) que completa la carta a los jóvenes que se incluye en *Un arte de vivir* (1939). Entre ambos escritos, y a pesar del tiempo transcurrido, se mantiene una filosofía de la vida que propugna una serie de máximas que los jóvenes deben observar: es preciso vivir para otra cosa que no sea uno mismo, es necesario pasar a la acción, es exigible creer en la fuerza de la voluntad y, por último, hay que formar parte de las huestes de los que nunca defraudan.⁶⁷ Para poder alcanzar tales objetivos, formulados a manera de máxima, Maurois propugna observar una vida metódica, única vía para obtener una felicidad que se decide en la acción cotidiana, en la acción del hombre que trabaja y lucha, algo inherente a la realidad humana que se decide en el día a día, en el esfuerzo constante. En fin, un puritanismo burgués que probablemente procedía de la austeridad y rigorismo de sus padres y abuelos, esto es, de una tradición familiar, industrial, burguesa y republicana, que recogía ecos luteranos e, incluso, judaizantes.

En relación al arte de mandar en *Un arte de vivir* Maurois vuelve sobre las características del jefe, del dirigente, del líder. Maurois dibuja el mapa intelectual sobre quien ha de dirigir, gobernar, mandar ya sea en tiempos de paz, o bien de guerra. La inteligencia del que manda debe ser simple, acogedora, rápida y tener en cuenta la tradición y la costumbre. En consecuencia, una de las preocupaciones de Maurois fue buscar dirigentes para aquella Francia en horas bajas, una preocupación que surgió cuando descubrió el valor de los militares británicos durante la Gran Guerra. Si los ingleses sabían mandar, ¿por qué no los franceses? De aquí que se preocupe por la formación de hombres de carácter, a fin de que sean constantes en el esfuerzo y que posean una cultura general, sin olvidar la

⁶⁷ André Maurois, *Lettre ouverte à un jeune homme*, 11-16.

historia. «El papel de las clases dirigentes es dirigir, es decir, mostrar el camino del honor y del Trabajo. Mandar no es un privilegio, es un honor y una carga». ⁶⁸

La última parte de *Un arte de vivir* se dedica al arte de envejecer que lleva incorporado, como anexo, el arte de morir. Lo más importante del arte de envejecer radica en conservar alguna esperanza. En relación al tema de la muerte, Maurois nos ofrece dos posibles opciones: la del epicúreo, que cree que la muerte no es nada, y la del cristiano, que cree que lo es todo. No parece que Maurois se decante por ninguna de estas dos opciones sino que se queda en un plano mundano, en la muerte de aquel que ha ejercido noblemente el oficio escogido en la vida. «A veces, el oficio ha invadido tan profundamente al hombre, que en cierta manera sobrevive al hombre mismo». ⁶⁹ Parece, pues, que la muerte sea algo terrenal y que la vida se acabe en un ahora y aquí porque la vida es breve y fugaz, y así la fragilidad de la vida sólo puede encontrar la oportuna justificación en el trabajo. La vida es un combate, una lucha, que acaba a la hora en que cae la noche y Maurois no nos dice si después habrá prolongación de otra vida. «El papel es corto, y el público mortal como vosotros mismos». ⁷⁰ En síntesis, la vida es fugaz y no se justifica por la eternidad sino por los instantes de felicidad que hemos de conseguir a través de una lucha que, además de mirar el mundo terrenal, precisa de la paz conyugal, con lo que se retrasa, e incluso suspende, la hora de los dioses.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Nuestra intención en este trabajo no ha sido presentar un André Maurois *par lui-même*, cosa que corresponde a los analistas franceses, o bien a los especialistas dedicados a la literatura francesa, sino ofrecer una lectura pedagógica de su obra, que hemos identificado con la figura del intelectual de la Tercera República francesa que se compromete con el ideario del régimen que desea salvaguardar en todo instante, ya sea en momentos de calma o de zozobra. Así, Maurois siempre de acuerdo con una ética agonística aprendida en el seno familiar, y forjada junto a Alain,

⁶⁸ Maurois, «Un arte de vivir», 455.

⁶⁹ Maurois, «Un arte de vivir», 481.

⁷⁰ Maurois, «Un arte de vivir», 484.

puede ser visto como una especie de intelectual orgánico aunque siempre huyó de honores y responsabilidades políticas. Si la vida es lucha, hay que educar para que «se preparen para la lucha desde la niñez».⁷¹

Como es lógico, vivió con preocupación las trágicas horas de la derrota de 1940 y en algunas obras como *No cometerás adulterio* da cuenta y razón de la represión a que fueron sometidos los franceses durante la ocupación, especialmente los de procedencia judía que el 20 de octubre de 1940 recibieron la orden de inscribirse en un registro especial poco antes de iniciarse una política de represalias, agudizada a partir del mes de mayo de 1941, sin perder de vista que en el verano de aquel año comenzaron las ejecuciones de rehenes.⁷² Sólo a título de simple muestra podemos recordar que en el verano de 1941 tuvo lugar en París una «Exposition antijuive» que, bajo el título de «Le Juif et la France», se llevó a cabo en el Palais Berlitz, situado en el Boulevard des Italiens, con una gran acogida de público, según se desprende de los reportajes, seguramente manipulados, publicados por la prensa colaboracionista.⁷³

Así pues, alejado de la política pero cercano a la cúpula militar y a las élites dirigentes, su mundo fue otro, el de la cultura, con lo cual su dimensión educativa podemos inscribirla en una pedagogía culturalista que enfatiza el papel de la literatura (novelas, biografías, libros de historia, etc.) en orden a la mejora de la humanidad, pero desde una perspectiva próxima e inmediata: la felicidad humana. Si la información no es cultura la cultura será aquel estado de ánimo que queda cuando se olvida la información, un tópico que podemos encontrar en otros pensadores de la época, desde M. B. Cossío a Eugenio d'Ors, algo inherente a la pedagogía culturalista que una parte de la burguesía asumió siguiendo la huella ilustrada y neohumanista de Goethe, el hombre total, el Júpiter de Weimar, del cual Alain era a los ojos de Maurois una especie de copia o remedio.

Por consiguiente, la literatura —no desprendida de connotaciones filosóficas e históricas— se convierte en el vehículo de la educación del pueblo, que en su afán ilustrado se esparce desde arriba hacia abajo. De

⁷¹ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 102.

⁷² Maurois, «No cometerás adulterio», *Obras completas*, V (Barcelona: Plaza & Janés, 1968), 20, 44.

⁷³ Robert de Beauplan, «L'Exposition antijuive», *L'Illustration*, 5141 (20 septembre 1941): 59-60.

la misma manera que el libro y la lira fueron las dos instancias preferidas por el neo-humanismo para desarrollar el ideal de formación (*Bildung*), Maurois opta también por ambas, aunque prioriza el papel de la literatura, quizás pensando que los lectores podían acceder a la música a través de las retransmisiones radiofónicas de los conciertos y de los espectáculos que se ofrecían en los teatros de provincias. De ahí que el proyecto formativo de Maurois contemple, a imagen y semejanza de la *Bildung*, el gusto por los libros y la música, teniendo cuidado en la elección de los autores y músicos. En cuanto a los escritores propone una selección, estricta, limitada a unos pocos autores, siempre clásicos, tal como hacía Alain: Homero, Horacio, Tácito, Saint-Simon, Rousseau, Stendhal, Balzac, etc. Con relación a los pensadores, una lista también escueta: Platón, Aristóteles, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Comte, etc. Y entre los autores de su tiempo, unos pocos nombres: Romain Rolland, Valéry, Claudel, Proust y Kipling.⁷⁴ El método a seguir es también sencillo: leer en estrella, es decir, «leer libros que resplandecen en torno a un tema central y se complementan mutuamente».⁷⁵ Entre los músicos sobresalen tres compositores, a saber, Mozart, Beethoven y Fauré. En fin, de la combinación de las letras y de las notas musicales, de los libros y las partituras, surgía un ideal formativo que debería llegar a todo el mundo, más allá de los cenáculos elitistas, poniendo especial énfasis en los jóvenes y en las mujeres. No por azar, Maurois —siguiendo el ejemplo de su maestro Alain— había colaborado en las actividades de la universidad popular de Ruan. Por ello, su visión de la idea de formación, que apunta al arte de vivir, puede emparentarse con la tradición de la *Bildung-Popular*, un viejo sueño de los escritores ilustrados, no sólo alemanes sino también franceses.

Incluso durante los últimos años de su vida, cuando colaboró con Jacques Suffel para elaborar su propia biografía, remarcó esta finalidad pedagógica que se desprende de su literatura, no sólo de sus novelas, sino también de sus ensayos, de los estudios biográficos, históricos y morales.

Nuestros mejores lectores —escribía en el libro de Suffel aparecido en 1963— son pobres gentes que sufren, que aman, que están decepcionados y que procuran comprender. No acuden a los

⁷⁴ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 61.

⁷⁵ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 62.

libros para admirar una técnica; en ellos buscan valores, les piden nuevas fuerzas para continuar la lucha. Pero en esta lucha con la vida, numerosos escritores contemporáneos han lanzado la esponja mucho antes que sus lectores. No digamos: Así fue siempre. No, los escritores que nos han ayudado a vivir nunca lanzaron la esponja.⁷⁶

Consideraciones aparte, Maurois fue de los que nunca se rindieron, que diariamente se sentaba ante su mesa de trabajo desde las ocho de la mañana hasta la hora del almuerzo para escribir cuatro o cinco páginas. Fue un escritor prolífico que concluía una novela en tres meses y más que la técnica buscaba, en sintonía con su vocación de moralista, ofrecer modelos de vida que, a la larga, contribuyesen a modelar el arte de vivir. En efecto, su arte de vivir, imbuido de los valores del mundo burgués y, por tanto, moderno, está al alcance de todo el mundo, de modo que aboga por una formación popular que no exige grandes dispendios como el abono a las salas de concierto o los grandes teatros para asistir a las representaciones de ópera. Su objetivo aspira a promover la voluntad de leer libros, o incluso cartas como la que dirigió a «un jeune homme», siendo igualmente provechosa para «une jeune fille», obras que se pueden comprar a módicos precios. Efectivamente, y a imagen y semejanza de la carta que Goethe escribió para Wilhelm Meister, una completa novela de formación, Maurois pergeñó la *Lettre ouverte à un jeune homme* (1966), renunciando eso sí a la jerga idealista y metafísica de la búsqueda del hombre eterno (*l'homme éternel*). Desde este prisma, no menos importante resultan sus *Cartas a la desconocida* (1956) destinada a la formación de la mujer que, a grandes rasgos, coinciden con el eterno femenino, según el cual es la mujer la que salva, aunque su gran fuerza radica en su ausencia y no tanto en su presencia.⁷⁷

Añádase que Maurois, con innegables visos de novedad, dejó su impronta en la cultura española, antes y después de la Guerra Civil. Así, el Conferencia Club de Barcelona, cuyo secretario era Carlos Soldevila, que funcionaba desde el año 1929, con sede en el hotel Ritz de la Ciudad Condal, invitó a Maurois, a finales del mes de enero de 1936, a impartir

⁷⁶ Suffel, *André Maurois con notas de André Maurois*, 272-273.

⁷⁷ Maurois, *Cartas a la desconocida*, 112, 85.

un ciclo de conferencias sobre el amor, que fue un éxito clamoroso.⁷⁸ En realidad, no era la primera vez que visitaba aquella tribuna porque el 12 de octubre de 1933, José María de Sagarra dedicó a Maurois una glosa desde la revista *Mirador*, en que se hacía eco de la fama de Maurois, el autor de *Climas* (1928), su obra de referencia en aquellos momentos. Después de destacar el perfil aburguesado de Maurois, Sagarra recuerda que su intervención constituyó una pieza literaria viva, si bien sus palabras desprendían un aire de tristeza y desesperación que, «fatalmente, experimentan los hombres inteligentes de nuestra época».⁷⁹

En aquel contexto, resulta lógico que Guillermo Díaz-Plaja en su estudio sobre la vanguardia en Cataluña (1932) situase a Maurois como un autor de referencia, dentro de la lógica novecentista que se oponía a las manifestaciones románticas del siglo XIX que resurgieron con fuerza después de la Gran Guerra, con movimientos radicales como el dadaísmo que debía muchas cosas al inconsciente freudiano. Ante tal estado de cosas, se imponía un nuevo orden no totalitario en el campo del arte, que propugnase la normalidad, el equilibrio y la inteligencia, con lo cual la obra de Maurois que empezaba a llegar por entonces a España aparecía como un punto de referencia de primer orden. De ahí que el nombre de André Maurois figurase al lado de otros, como los de Stefan Zweig y Emil Ludwig, que habían renovado los estudios biográficos, al incorporar una dimensión psicológica de los personajes.⁸⁰ Con estos antecedentes, no puede sorprender que Guillermo Díaz-Plaja —que quedó impresionado por el paso de André Maurois, por la tribuna del Conferencia Club—⁸¹ tuviese un recuerdo para Maurois cuando visitó la ciudad de Ruan, en cuyo liceo enseñaba Alain que, por entonces, «daba clase a un alumno que había de hacer universal el sobrenombre de André Maurois».⁸²

Justamente sus libros, siempre en un horizonte intramundano, despertaron la animadversión de los sectores conservadores de la sociedad

⁷⁸ Carme Arnau en el prólogo a Carles Soldevila, *Valentina* (Barcelona: Edicions 62, 1982), 5-6. También puede verse: Diana Sanz Roig, «La novela europea en la Barcelona de entreguerras», *Bulletin Hispanique*, 111 (2), (2009): 449-472.

⁷⁹ Josep Maria de Sagarra, *L'aperitiu* (Barcelona: Editorial Vergara, 1964, vol. II), 87.

⁸⁰ Guillermo Díaz-Plaja, *L'Avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica* (Barcelona: La Revista, 1932), 132-133.

⁸¹ Guillermo Díaz-Plaja, *Retrato de un escritor* (Barcelona: Pomaire, 1978), 113.

⁸² Guillermo Díaz-Plaja, *Obras Selectas* (Barcelona: Editorial AHR, 1973), 374.

española y así durante los años de la Segunda República sus obras, por ejemplo, *El círculo de familia* (1932), fue descalificada por los jesuitas de manera contundente: «Inmoral. Malas ideas». ⁸³ A pesar de ello la segunda edición apareció el año 1951, que es la que hemos utilizado en este artículo, después de que la primera viese la luz en 1935. Naturalmente, los editores —en particular José Janés Olivé— tuvieron que proteger la edición de las obras de Maurois de la censura franquista, siempre recelosa de historias familiares adúlteras, aunque la figura de Maurois contó con el soporte de falangistas como Félix Ros en medio de una serie de disputas por los derechos del autor francés, alejado forzosamente de Europa durante los años de la Segunda Guerra Mundial. ⁸⁴ Sea como fuere, no deja de ser curioso el prólogo a la edición española de *Tierra de promisión*, aparecida en 1949, cuando se tergiversa el sentido de la historia de la protagonista —Clara Forgeaud, después de un divorcio y un segundo matrimonio civil— con la siguiente explicación que no coincide con la dinámica del relato:

Por la alta enseñanza moral que persigue, así como por la acerba crítica indirecta que contienen sus métodos expositivos, *Tierra de Promisión* es una exaltación —pero sin estridencias, en tono menor, como si el amor se complugiera en embozar su historia con velos de discreción— de los deberes cristianos de la mujer ante el matrimonio y frente a la vida. ⁸⁵

Al fin de cuentas, y ésta es una de tesis del presente trabajo que hemos ofrecido en dos artículos, la difusión de la obra de Maurois en España, proceso que se inició en la década de los años veinte del siglo pasado, pone al descubierto la dimensión pedagógica de la burguesía europea, a través de un proceso de modernización de una sociedad anquilosada como la española. Desde luego, en nuestro país habían surgido corrientes regeneracionistas interiores después de la crisis del 98, y distintos movimientos reformadores (krauso-institucionismo, generación de 1914,

⁸³ Pablo Ladrón de Guevara, *Apéndice al libro «Novelistas malos y buenos»* (Bilbao: El Mensajero de Jesús, 1933), 81. Respecto a *Los silencios del Coronel Bramble* afirma lo siguiente: «Fondo escéptico. Indiferencia absoluta por todo lo no tangible. Encogimiento de hombros ante el más allá. Tono desolador».

⁸⁴ Josep Mengual Català, *A dos tintas: Josep Janés, poeta y editor* (Barcelona: Debate, 2013).

⁸⁵ Maurois, *Tierra de promisión*, 8.

etc.), pero no es menos cierto que España también fue receptiva a las novedades no sólo filosóficas (neokantismo, fenomenología, culturalismo, etc.) sino también literarias.

A la luz de lo expuesto, parece oportuno situar la obra de André Maurois como una de estas influencias foráneas que contribuyeron a reformar la mentalidad española, incluso en los momentos de mayor cerrazón a las corrientes que procedían del exterior como durante los primeros compases del franquismo. En cierta manera, la obra de Maurois se inscribe en las coordenadas del novecentismo, en su intento de restaurar un orden social a través de la literatura, después del romanticismo decimonónico y de las exaltaciones de todo tipo que surgieron tras la Primera Guerra Mundial, una restauración reformista que deseaba evitar el radicalismo revolucionario derivado de la Rusia de 1917 y el totalitarismo del fascismo. Así se abría una tercera vía que vivió momentos dramáticos y que estuvo a punto de perecer, aunque sirvió para restablecer el estado de cosas después de 1945 y, como mínimo, hasta 1968.

Durante aquellos años de postguerra, circulaban en España libros como el que se pergeñó anónimamente a partir de «ideas sin completar, de frases a medio decir» de Manuel García Morente sobre las mujeres con un título elocuente: *Nosotras somos así...* (1945), elaborado con la vista puesta en las jóvenes de Acción Católica.⁸⁶ Ni que decir tiene que los arquetipos femeninos de Maurois poco tienen que ver con el modelo de mujer propugnado por el nacional-catolicismo que, a grandes rasgos, exalta la feminidad desde una perspectiva que afirma que la mujer «da tono» como novia y esposa y que, como tal, debe conservar el amor y convertir el presente en eternidad. Está claro que más que su liberación se apostaba por una supeditación de la mujer respecto al marido, ya que mientras la esposa quedaba circunscrita al ámbito familiar el esposo se encargaba de la esfera pública.⁸⁷ En suma, era en el campo de las obras sociales donde la mujer española podía cumplir su misión y, más en concreto, su maternidad espiritual, sobrenaturalizando la vida.

No por azar, la burguesía de Cataluña, y por ende, las editoriales instaladas en Barcelona, dedicaron muchos esfuerzos para divulgar la lite-

⁸⁶ *Nosotras somos así...* (Madrid: Impresos Alfonso, 1945).

⁸⁷ José María Pemán, *De doce cualidades de la mujer* (Madrid: Alcor, 1947).

ratura de Maurois. Así, en 1928, Carles Soldevila —amigo y traductor de Maurois— indicó en un libro de recomendaciones de lectura las siguientes novelas del autor francés: *Bernard Quesnay*, *Ni ange ni bête*, *Les silences du colonel Bramble*.⁸⁸ A todo esto, debemos tener presente que *Un arte de vivir* de Maurois fue traducido en 1939 en Buenos Aires, alcanzando un sinfín de ediciones. Digamos de paso que también fue traducido al catalán por Soldevila en 1963, reeditándose más tarde. Además, Maurois pergeñó una introducción escrita especialmente para esta edición en lengua catalana, en que ponía de manifiesto que los problemas humanos son eternos, al margen de las circunstancias de un determinado momento. De ahí la importancia de releer a Platón, Marco Aurelio o Montaigne para iluminar el criterio, el sentido que ha de orientar la acción humana, más allá de los condicionantes y casuísticas de nuestra época.⁸⁹

Cabe añadir que la profesora Teresa Iribarren publicó un documentado trabajo titulado inequívocamente «La magnitud del magnetisme de Maurois», en el que además de remarcar el psicologismo de su literatura con espléndidos perfiles femeninos, a pesar de algunos toques misóginos, y el afán de diálogo entre los pueblos de Europa (aspecto que contrasta con el chovinismo de otros pensadores de la época), enfatiza la incidencia que la obra del autor francés tuvo en España hasta la fecha de 1936.⁹⁰ De alguna manera, y salvando las distancias que convenga, podemos establecer un paralelismo entre la literatura de André Maurois y la de José María de Sagarra, con su emblemática novela *Vida privada*, publicada a la vez que *El círculo de familia*, en 1932. Al cabo, estas dos obras —cada una en su respectivo país— perseguían la modernización de la vida social, a través de unas relaciones más libres y auténticas entre personas de diferente sexo, al margen de hipocresías y falsas apariencias.

Por cuanto hemos señalado, la literatura de Maurois ejerció, especialmente durante el franquismo, una función didáctica de primer orden, al dar a conocer una realidad social con planteamientos más modernos (por ejemplo, la defensa del divorcio) que los postulados que aceptaba el

⁸⁸ Carles Soldevila, *Què cal llegir? L'art d'enriquir un esperit. L'art de formar una biblioteca* (Barcelona: Llibreria Catalonia, 1928), 80.

⁸⁹ André Maurois, *Un art de viure* (Barcelona: Vergara, 1963) [2.ª edición, 1988].

⁹⁰ Teresa Iribarren, «La magnitud del magnetisme de Maurois», en *La projecció social de l'escriptor en la literatura catalana contemporània*, ed. Ramon Panyella (Lleida: Punctum, 2007), 382.

sistema imperante, anclados en el pasado y con una fuerte connotación religiosa. A decir verdad, el magnetismo de su producción, ya apuntado por Teresa Iribarren, se reemprendió en los años cuarenta y sus obras – siempre favorables a los aliados, a la Francia libre e, igualmente, a Inglaterra y los Estados Unidos– fueron traducidas al castellano incluso antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial.

De este modo, José Manuel Lara afincado en Barcelona desde donde promovió la editorial Planeta daba a la imprenta, en 1944, títulos como *Tragedia en Francia* y *La salvación de Norteamérica*, ambos traducidos por F. Oliver Brachfeld, que no debían satisfacer a los sectores falangistas del régimen que en 1943 se opusieron al estreno en Madrid de la película *Lo que el viento se llevó*, cinta rodada en 1939. Leer a Maurois en la España de los oscuros años del franquismo, confería una pátina de aliadófilo y un cierto tono de progreso, lo cual explicaría que una mujer como María Luz Morales –una de las pioneras de nuestro periodismo, que fue represaliada por la dictadura de Franco– tradujese algunas de sus obras y que un militar como Manuel Gutiérrez Mellado, pieza clave de la transición democrática, también contribuyera a dar a conocer la obra de Maurois en España.

En definitiva, Maurois no fue un revolucionario, sino un reformista, un moralista, un humanista, que a través de la literatura didáctica –novelas, biografías, trabajos históricos y ensayos– contribuyó a modernizar no sólo Francia sino también España. Fue, en último término, un educador de la sensibilidad y, por ende, de las costumbres sociales, es decir, un auténtico pedagogo en el sentido más noble y elevado de la palabra que, además de pergeñar *Un arte de vivir* en 1939, dirigió en 1966 aquella *Lettre ouverte à un jeune homme*, que todavía hoy pueden leer con provecho nuestros jóvenes, en estos tiempos postmodernos. «Il faut “apprendre à faire la moindre chose de la façon la plus grande”». ⁹¹ Ni más ni menos. ■

Nota sobre los autores:

RAQUEL DE LA ARADA ACEBES es profesora del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Barcelona. Se ha especializado en la historia de género y en la presen-

⁹¹ Maurois, *Lettre ouverte à un jeune homme*, 43-44.

cia de la mujer en las esferas públicas y privadas durante la edad contemporánea. Ha publicado diversos artículos en revistas histórico-pedagógicas y ha colaborado en diferentes obras colectivas sobre historia de la educación. Participa como docente en el Máster de Educación Secundaria en la Universidad de Barcelona.

JORDI GARCÍA FARRERO es profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Barcelona y consultor en el grado de Educación Social de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC). Premio Extraordinario de Doctorado por la Universidad de Barcelona (curso 2012-2013). Autor del libro *Caminar. Experiencias y prácticas formativas* (2014). Miembro del GREPPS (Grupo de Investigación en Pensamiento Pedagógico y Social) de la Universidad de Barcelona.

CONRAD VILANOU TORRANO es profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Facultad de Educación de la Universidad de Barcelona que se ha especializado en el estudio de los conceptos, discursos y narrativas pedagógicas. Director de la revista *Temps d'Educació*, que edita el Instituto de Ciencias de la Educación de la misma Universidad. Investigador principal del GREPPS (Grupo de Investigación en Pensamiento Pedagógico y Social), de la Universidad de Barcelona, grupo reconocido y consolidado por la Generalitat de Catalunya. Ha dirigido 33 tesis doctorales, 3 de las cuales han obtenido el correspondiente Premio Extraordinario.

Referencias:

- ALAIN. *Éléments de philosophie*. Paris: Gallimard, 2010.
- ARAGON, Louis, y André MAUROIS. *Les deux géants. Histoire des Etats-Unis et de l'URSS de 1917 à nos jours. Conversations et aperçus*. Paris: Éditions du Pont Royal, 1962-1964. [5 vols.].
- BONA, Dominique. *Il n'y a qu'un amour*. Paris: Grasset, 2016.
- CANYÀ, Llucietà. *L'Etern femení: confessions, ideologies, orientacions*. Prólogo de José María de Sagarra. Barcelona: Librería Durán, 1934.
- *L'Etern masculí: orientacions, consells, esperances*. Prólogo de José María de Sagarra. Barcelona: Sin editorial, 1957.
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *L'Avantguardisme a Catalunya i altres notes de crítica*. Barcelona: La Revista, 1932.

- DÍAZ-PLAJA, Guillermo. *Obras Selectas*. Barcelona: Editorial AHR, 1973.
- *Retrato de un escritor*. Barcelona: Pomaire, 1978.
- HEMINGWAY, Ernest. *Sobre París*. Barcelona: Editorial Elba, 2012.
- HINDENBURG, Paul von. *Memorias de mi vida*. Barcelona: Editorial Base, 2007.
- HIPPEAU, Célestin. *L'Instruction publique en France pendant la Révolution*. Paris: Klincksieck, 1990.
- IRIBARREN, Teresa. «La magnitud del magnetisme de Maurois». In *La projecció social de l'escriptor en la literatura catalana contemporània*, edited by Ramon Panyella. Lleida: Punctum, 2007.
- JACQUES LAURENT, Thierry. *André Maurois, moraliste*. Paris: L'Harmattan, 2016.
- KIPLING, Rudyard. *Crónicas de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Fórcola, 2016.
- LADRÓN DE GUEVARA, Pablo. *Apéndice al libro «Novelistas malos y buenos»*. Bilbao: El Mensajero de Jesús, 1933.
- MAUROIS André. *Lettre ouverte à un jeune homme*. Paris: Éditions Albin Michel, 1966.
- «Alain». *Obras Completas, V*. Barcelona: Plaza & Janés, 1968.
- «Destinos ejemplares». *Obras Completas, V*. Barcelona: Plaza & Janés, 1968.
- «Los silencios del coronel Bramble». *Obras Completas, IV*. Barcelona: Plaza & Janés, 1962.
- «Un arte de vivir». *Obras Completas, V*. Barcelona: Plaza & Janés, 1968.
- *Cartas a la desconocida*. Barcelona: Ediciones G. P., 1968.
- *Diálogos sobre el mando*. Madrid: Ediciones y Publicaciones, 1947.
- *Diario (Estados Unidos 1946)*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1947.
- *El círculo de familia*. Barcelona: Ediciones Edita, 1951.
- *El instinto de la felicidad*. Barcelona: Juventud, 1942.
- *Lyautey*. Barcelona: Editorial Surco, 1943.
- *Memorias*. Barcelona: Aymá, 1944.
- *Napoleón*. Barcelona: Salvat, 1984.
- *Tierra de promisión*. Barcelona: José Janés editor, 1949.
- *Tragedia en Francia*. Barcelona: Editorial Lara, 1944.
- *Un art de viure*. Barcelona: Vergara, 1963. [2.^a edición, 1988].
- «Historia de Francia». *Obras Completas, II*. Barcelona: Plaza & Janés, 1961.
- MENGUAL CATALÀ, Josep. *A dos tintas: Josep Janés, poeta y editor*. Barcelona: Debate, 2013.
- MONTANELLI, Indro. *Gentes del siglo*. Madrid: Espasa-Calpe, 2006.
- MORALES, María Luz. «André Maurois. Vida y obras». *Obras Completas, I*. Barcelona: Plaza & Janés, 1966.
- ORS, Eugenio d'. «Aprendizaje y heroísmo». *Diálogos*. Madrid: Taurus, 1981.
- PEMÁN, José María. *De doce cualidades de la mujer*. Madrid: Alcor, 1947.
- SAGARRA, Josep Maria de. *L'aperitiu*. Barcelona: Editorial Vergara, 1964, vol. II.

SANZ ROIG, Diana. «La novela europea en la Barcelona de entreguerras». *Bulletin Hispanique* 111 (2) (2009): 449-472.

SILONE, Ignazio. *L'école des dictateurs*. Paris: Gallimard, 1964.

SOLDEVILA, Carles. *Què cal llegir? L'art d'enriquir un esperit. L'art de formar una biblioteca*. Barcelona: Llibreria Catalonia, 1928.

SPEARS, Edward L. *Memorias. La derrota de Francia. Junio 1940*. Barcelona: Editorial Ahr, 1956.

STEINER, George. *Lecciones de los maestros*. Madrid: Siruela, 2003.

SUFFEL, Jacques. *André Maurois con notas de André Maurois*. Barcelona: Ediciones G. P., 1968.